

EL

MEMORIA DE BARRIO IMPRESA

GETSEMANICENSE

Nº36 - CARTAGENA - COLOMBIA - SEPTIEMBRE - 2021 - WWW.ELGETSEMANICENSE.COM

UN TECHO DE
OTRA ÉPOCA

VISUAL-MENTE - PÁG. 8-9

ÁNGEL PÉREZ MORGAN

Y FRANCIA MARTELO GAVIRIA

SOY GETSEMANÍ - PÁG. 2-3



ÁNGEL PÉREZ MORGAN

Y FRANCIA MARTELO GAVIRIA

Son setenta años de casados. Toda una vida que les ha alcanzado para hacer una familia que llega hasta el tataranieto. También para abrirse camino en Estados Unidos y ayudar a la oleada de getsemanicenses que migraron a la Gran Manzana por los años 70 y 80. Y luego regresar para no irse más del barrio de sus amores.

En la sala de su casa, en la calle Lomba, es un día de fiesta. Es el cumpleaños de uno de los hijos. La familia va llegando, mientras Ángel y Francia nos cuentan su vida desde las mecedoras en una noche fresca de agosto.

Comienza Ángel: “Nací el 14 de noviembre de 1929 en el barrio del Espinal. Con mi familia nos mudamos a Getsemaní cuando tenía once años, porque queríamos un cambio de ambiente. Aunque el Espinal queda a pocas cuadras queríamos vivir aquí, en la parte céntrica de la ciudad. Además, en esa época mi mamá tenía un puesto de comida frente al entonces extinto teatro Variedades, donde después estuvieron los teatros Cartagena, Calamari y Colón. Hoy en día hay un proyecto de cinco estrellas que se está construyendo, ahí fue donde se inició el negocio de comida callejera en Cartagena”.

En efecto, en las excavaciones arqueológicas previas al hotel Four Seasons se han encontrado huellas de fogones en el piso y gruesas manchas de grasa alrededor, vestigios de aquellos mesones que luego fueron trasladados al Mercado Público, cuando comenzaron a operar los teatros en la década de 1940.

“En los puestos de comida los fogones eran a carbón y en los calderos se hacían los fritos, bistec de cerdo, gallina; toda clase de carnes.

Eran mesones largos de madera con banquetas de casi dos o tres metros de largo, que se ponían en la parte de afuera del teatro. Después de eso nos trasladaron a donde quedaban el mercado de grano y la carnicería. Luego las enviaron por el lado del Arsenal, hasta los años setenta, cuando sale el mercado de Getsemaní. Uno entraba desde la calle Larga a la playa del Arsenal por donde queda el Pasaje Leclerc y ahí al frente estaban los puestos que tenían los nombres de las familias: las Gaviria, las Zuluaga y mi mamá, que se llamaba Teresa Morgan. Ellas tres eran las que tenían la mayoría de negocios de comida en esa época”.

“Mi papá se llamaba Angel Perez, como yo. Era procedente de Turbana. Getsemaní era muy diferente al de hoy en día: tenía bastante esencia y había cordialidad en el roce con los vecinos. Había diferencias, como en todas las épocas; en la Larga y la Media Luna vivía la gente de clase media y en los callejones vivíamos los vecinos y la gente mediana. Muchos vivíamos arrendados. Nos trasladábamos de una calle a otra. Yo viví en la calle Larga, en la calle y la plaza del Pozo, en callejón Ancho y Angosto, en la San Juan, de la de las Palmas y aquí en Lomba, adonde llegué en los años 70 y es la parte donde más he vivido”.

“En el barrio se jugaba a la bola de trapo en la plaza de la Trinidad y la plaza del Pozo. En la parte de atrás del Pedregal se jugaba béisbol. Ese fue mi primer deporte. De joven lo jugué mucho. No tanto para ser deportista de primera categoría, pero siempre fui muy aficionado al béisbol”.

“Estudí en el Instituto Comercial de Cartagena, que quedaba en la plaza de Santo Domingo. Luego laboré en varias empresas como la jabonería de Daniel Lemaitre, en la planta eléctrica de la bajada del puente Román, en Manga, y en el terminal de Cartagena. En la jabonería conocí a Gustavo, el hijo de don Daniel Lemaitre, que era una persona muy agradable, así como todos los Lemaitre, que eran muy tratables. Ahí yo era ayudante de la fabricación del jabón fino. En una caldera se echaban la brea y la soda cáustica para producir el jabón; después se vaciaban en unos moldes hasta que estuvieran duros. Allí duré dos años. También estuve en el Ejército en el año 48, como reservista, cuando tenía diecinueve años”.

Francia es descendiente de Gabina, la matrona de los Gaviria, cuya historia contamos en otro artículo de esta edición. El puesto de comida que tenían las Gaviria en el Mercado era muy conocido y su línea de la familia Gaviria tiene una fama bien ganada de haber heredado la sazón isleña que trajo la abuela.

“Nací en la plaza del Pozo, en una casa frente al actual parqueadero del Dadis y donde antes estaba el Centro Fátima. Mi mamá, Ines Gaviria de Martelo, también era del barrio. Nació en la esquina de la Aguada, en la calle Larga. Mi papá, Enrique Martelo Arroyo, nació en Loric. En mi infancia vivíamos en dos casas porque mi tía Encarnación Gaviria tenía una tienda en la plaza del Pozo que se llamaba ‘Con el tiempo’. Nosotras pasábamos el día en la casa de mi tía ‘Enca’ y en la noche nos íbamos a la casa donde nací, ahí a unos pasos, donde solo dormíamos. Era arrendada. En esos tiempos era muy barato el alquiler”.

En la sala de los Pérez Martelo hay un gran

cuadro en carboncillo donde se ve una pequeña niña frente a una casa típicamente getsemanicense. Era una prima de Francia, retratada justo en la puerta de la casa donde relata que nació. Esa prima, un poco más grande, actuó con una parodia de Chaplin, en el Minarete del Arte, aquel espacio de arte, cultura y humor del teatro Padilla, en la calle Larga, y que Francia aún recuerda, como las películas en aquellos teatros al aire libre.

“En la mañana íbamos a estudiar. Primero estuve en la Escuela Complementaria, de Octavia del Carmen Vives, en el centro. Después me pasaron a la Casa Artes y Oficio, que quedaba donde funcionó el colegio Lacides Segovia y el Ciudad de Montería y donde hoy funciona el Concejo de Cartagena”.

“Después a mi papá le salió un trabajo como mecánico en la salina de Galerazamba, cuando eso era de los americanos. Después regresamos a la anterior casa y nos quedamos ahí un tiempo. Luego mi madre nos mandó para Barranquilla donde una tía porque nos hicimos novios con Ángel pero ella no quería que tuviera nada que ver con él. Yo todavía era muy pequeña. Ahí estuvimos un año. Cuando regresamos la misma casa estaba desocupada y la volvimos a arrendar”.

Ángel retoma el cuento. “Pasaron los años y cuando llego ella tenía dieciséis años y yo, veinte. Nos casamos el primero de noviembre de 1950, en la arquidiócesis de la Santísima Trinidad. Ya vamos a cumplir setenta y un años”. Francia agrega: “Al año nació Alma, nuestra primera hija y luego los tres hijos varones. Mientras Ángel trabajaba yo me quedaba en casa criando a los niños”.

“En el año 64 fuimos a una excursión turística a Miami, para la que nos dieron la visa. Nos gustó el ambiente. A los seis años hicimos la solicitud de extender la visa. Me fui el 2 de mayo de 1970 para Nueva York y Francia viajó el 22 de agosto del mismo año. Antes era más rápido pedir a la gente de uno desde allá”, prosigue Ángel.

“Estuve en Cartagena hasta los cuarenta años. Yo fui el pionero de la familia en la migración a Nueva York. Después muchos más se fueron para allá. Pero primero me fui solo. En Cartagena deje a tres varones que tenían dieciséis, diecisiete y dieciocho años. Allí empecé trabajando en un restaurante, a lavar platos y trapear los pisos. Después fui ‘saladman’, como le dicen en inglés al preparador de ensaladas. Pasado el tiempo también se fue mi yerno, mi hija y después mandé a buscar a mis hijos. Dure treinta años trabajando en Nueva York y siempre extrañé mi tierra, mientras estaba allá sentía la nostalgia de Cartagena”.

Lo que cuenta Ángel con humildad en realidad fue una diáspora getsemanicense que se contaba en cientos de personas, que llegaron no solo a Nueva York sino también a New Jersey, donde en muchos casos generaron una red de solidaridad y apoyo en la que la familia de los Pérez Martelo siempre fueron referentes.

“Con los ahorros de los primeros seis años de trabajo compré la casa en Getsemaní, esta donde estamos ahora. Esa era mi meta. Era totalmente antigua y distinta. Ahora tiene dos pisos y mis hijos se vinieron a vivir acá”.

Dice Francia: “El viaje a Nueva York fue un gran cambio para mí: ¡Imagínese pasar de

Getsemaní a Manhattan! Siempre vivimos en el Lower East Side, hasta hace cinco años que nos pasamos al Midtown. Estando en Nueva York añoraba Getsemaní y más porque acá estaban mis hijos y cuando llegaba del trabajo enseñada pensaba en ellos. Después de tres años Ángel me regresó para verlos unos días y me quedé como tres meses”.

Ángel complementa: “al tener visa de residente nos era más fácil viajar, algo que hacíamos constantemente porque no teníamos la preocupación de que se venciera. Logré la jubilación a los sesenta y cinco años, que es el estándar de jubilación en los Estados Unidos. Aún así trabajé hasta los años setenta, pero después de la jubilación comencé a estar más tiempo aquí en Colombia”.

Eso fue hace más de veinte años. Desde entonces esta pareja anfibia alterna entre Nueva York y la calle Lomba. Es fácil ver a Ángel por allí, caminando por el callejón Ancho, a la vuelta de su casa, en cualquier otra tarde de agosto.

“En el barrio ahora conozco sólo a los vecinos de hace cuarenta o cincuenta años, pero a nadie más. Me relaciono con la familia de mi esposa que viven en El Bosque, con la familia De Ávila; con Medardo Hernández y su familia; también con otros vecinos antiguos que todavía vienen a visitar. La fisonomía del barrio ha cambiado completamente: ya no es residencial sino comercial. Los vecinos emigraron a otras partes, vendieron por necesidad y otros porque no tenían los medios para sostener las casas. Afortunadamente hemos quedado los mismos catorce o quince familias de esa época”, dice Ángel. 📍



“La primera hija se llama Alma Teresa Perez Martelo y está casada con Jairo Navas. Viven en Nueva York. El segundo se llama Hiram; el tercero era Ivan, quien falleció en Nueva York y el menor se llama Angel, como yo. Ya llevamos diez nietos, tres bisnietos y un tataranieto”. Acompañan en la foto Rafael Torres Hoayec, entre Hiram y Ángel.

AVENIDA DANIEL LEMAITRE



Mencoz Textiles.
310 362 59 73

Fotos Bellas Artes.
300 836 85 64

Electrónica Maroel.
(5) 664 26 42

Parqueadero.

Bingo Casino.

Hotel ALH.
En construcción.

Edificio
Luis A. Díaz.



Distribuidora de
bebidas.

Fermar Electrónicos.

Casa sin ocupación.



La incorporación de este flanco del barrio al tejido urbano contemporáneo explica que no se registre mayor vida de vecinos sino un uso principalmente comercial, con muchos cambios en los usos de cada predio. Por tanto, es difícil rastrear antiguos habitantes, como tradicionalmente hemos hecho con las demás calles del barrio.

Edificio Luis A. Díaz

En este edificio funcionó la Clínica de Maternidad Municipal, dirigida por Carmen de Arco y De la Torre, la primera enfermera profesional que tuvo Cartagena, con estudios en Francia y Jamaica, y muy respetada por el gremio médico. Lleva el nombre de Luis Alberto Díaz, hijo del general Manuel Díaz, veterano de la Guerra de los Mil Días, emprendedor que fundó la Heladería Cartagena, que quedó en la parte delantera del teatro Cartagena y que trajo a la ciudad a grandes artistas del Caribe, principalmente Cuba, como Celia Cruz y la Sonora Matancera.



Miscelánea.

Eléctricos Fernando
Vélez.
(5) 664 73 61

Carluz Lighting.
318 3125204

Nancy Peluquería -
Boutique Barbería.
(5) 648 01 78

Óptica Profesional.
(5) 664 75 54

Centro Comercial
Centenario.

Peluquería y barbería
Unión Francesa.
318 5765905

Dorado Plaza
Centro Histórico.
664 02 05

Parque Centenario,
inaugurado en 1911.



La Jugadita.

Almacén Fricentro.
(5) 664 62 34

Le Petit Restaurante
Cartagena.

Edificio Moukarsel/San Felipe

En esta esquina había dos casas accesorias cuya demolición se solicitó en marzo de 1949. Allí se construyó el edificio Moukarsel que era de apartamentos para alquilar y donde también funcionaron consultorios médicos como el de Apolinar Hoyos Fortich. En 1967 se inauguró el hotel San Felipe, el primero de instalaciones modernas en el barrio. Fue un gran éxito. En sus bajos funcionaron un restaurante, las discotecas El Señorial y El Toro Sentado, así como las oficinas de la aerolínea Taxi Aéreo de Santander, que servía desde Bucaramanga.

Amaury Junior.
(5) 648 46 17



Almacén Frio
Centenario.

El Recorte.

Pactemos.
301 4591953



Fue el último flanco que se cerró del barrio. Hace tan poco que muchos getsemanicenses lo recuerdan como el campo de béisbol y fútbol de su infancia.

En efecto, la muralla cerró primero a Getsemani por el Arsenal y el Pedregal, hacia el año 1633. Es decir: dos de sus tres de sus flancos. El tercero era el caño de San Anastasio o de La Matuna. ¿Por qué nunca se fortificó ese flanco? Por una sólida razón militar. De haber sido tomado por el enemigo se hubiera convertido en el mejor parapeto para atacar la ciudad fundacional. Dejarlo despejado, caño de por medio, dejaba a la vista y a tiro a cualquier rival. En la Colonia, las orillas de ese caño cambiaban de forma según la temporada de lluvias o de vientos. En los diversos mapas se ve que al comienzo allí había una especie de medias manzanas: regulares y rectas por el lado de las dos calles de La Magdalena, pero con unas zonas muy irregulares que daban hacia el caño. Los playones de esos caños funcionaban como esponjas de agua para las temporadas de muchas lluvias. En épocas más secas, los fuertes vientos

podían mover las arenas de aquí para allá y cambiarles el contorno. Cuando vemos que en los grandes aguaceros el agua se desborda en estos sectores es bueno recordar que son terrenos que se le robaron al agua, que siempre busca su cauce natural. A las playetas que se formaban allí les decían de Las Tortugas -que también le dió el nombre a la calle- y de Tusculano, al parecer por un vecino con ese apellido. Por ahí podían entrar canoas con algunos alimentos traídos de las islas y el litoral. En algunos de ellos se mantenían vivas y en corrales las cuatro clases de tortugas que se consumían en la ciudad: una carne común y apetecida, como quien consume hoy pollo. Pero a sus aguas llegaban los desperdicios del

matadero -con sus olorosas labores de desolle de animales y curtiembres-, que quedaba aproximadamente donde está las pistas de patinaje y baloncesto del actual parque Centenario. Además, las aguas sucias de las calles del Centro caían hacia ese lado. Con ese propósito estaban trazadas desde la Colonia. Lo cambiante de la orilla y el estar cerca de un caño con malos olores hizo que este sector fuera mucho más modesto que otros del barrio. No había casas de gran prestancia sino patios que daban hacia las aguas. Para 1780 en la manzana que va de Tripita y Media hasta la avenida Centenario solo estaba la casa alta de don Antonio Valderde con once accesorias y otras diez casas bajas, algunas de las cuales probablemente

tenían acceso directo hacia el caño. También estaba ubicado el Cuartel de los Milicianos Pardos. Al parecer, según el rastro seguido por el profesor Sergio Paolo Solano, en esa manzana vivía la familia Romero Porras, uno de cuyos hijos fue nuestro prócer Pedro Romero. Es decir, el niño Pedro creció a pasos del caño y de la actual avenida. La mitad del tramo sobre La Matuna fue cerrado en 1911, con la inauguración del parque Centenario. Ya la ruta del tren hacia Calamar había marcado unos pocos años atrás una línea recta más o menos por donde hoy va la avenida Daniel Lemaitre, un poco más cargada hacia el lado de la actual Matuna. Su estación central se ubicaba frente al parque Centenario.

Detrás de esa estación, hacia el actual Puerto Duro, había un peladero en el que los días de viento, que eran muchos, el tierrero se metía en los ojos. Era el sitio de juegos, de encuentro y rivalidad entre los muchachos de ambos barrios y algunos de Chambacú. Esa línea del tren marcaba uno de los lados del imaginario diamante de béisbol en el que se disputaban unos partidos intensos. También era el sitio donde se ubicaban los circos y las ciudades de hierro y donde comenzaban algunas rutas de autobuses para el resto de la ciudad. La creación de La Matuna como una isla de modernidad entre el Centro y Getsemani acabó de cerrar los flancos, a mediados del siglo pasado. Fueron retirados los rieles del tren. Para

algunos urbanistas, con la generación de esas cuadras de edificaciones modernas se perdió la posibilidad de aprovechar La Matuna como un eje visual despejado y espacio público en continuidad con el conjunto del parque Centenario, los Mártires, el muelle de los Pegasos y el mercado. Fue entonces cuando nació la avenida Urdeneta Arbelaez, que hoy conocemos como Avenida Daniel Lemaitre, en honor al industrial, artista e intelectual que dejó una huella grande en el barrio y la ciudad.

UN CLUB, POESÍA Y JABONES:

DANIEL LEMAITRE TONO EN GETSEMANÍ

Si este hombre dejó huellas en toda Cartagena, en Getsemaní aún más. Fue uno de sus lugares más cotidianos y queridos. Aquí tuvo su jabonería, terminó la construcción del Club Cartagena y a sus calles y personajes les dedicó varios de sus apuntes y poesías.

Sus datos básicos son bastante conocidos. Fue un empresario de mucho ingenio y creatividad, dos veces alcalde de Cartagena, diplomático y hasta agrónomo aficionado. Además, columnista, poeta, acuarelista y autor de muchas canciones muy populares en su momento y que aún generan algunas regalías. Fue el autor, nada menos, que del himno de Cartagena y el de la Armada Nacional.

Nació el 21 de enero de 1884, el mayor de una familia de seis hermanos y una buena madre, Matilde Tono Macía, que no daba abasto para atenderlos, tras la muerte de su esposo, Daniel Gregorio Lemaitre, en Francia. Por eso terminó pasando parte de su niñez y adolescencia en Mompox, donde su tío Eduardo Gutiérrez de Piñeres, rector del Colegio Pinillos, de buena fama en la región. El joven Daniel se volaba algunas veces de clases para ir a galantear o a pasear por el río.

Hacia 1900 regresó con el título de bachiller bajo el brazo. Hasta ahí llegaría su carrera académica pues su ingenio práctico, su industriuosidad, y acaso la necesidad de ayudar a la familia, lo llevaron por otros caminos. Ella había ganado fama por la calidad de los dulces que fabricaba, pero aún así las cuentas de la casa no cuadraban.

En 1907 se casó con Clara Román del Castillo, de una de las familias más prestantes de Cartagena. Viajaron a Europa de luna de miel y también para que él se posesionara como secretario de la embajada colombiana en Bruselas, cargo que ostentó un año y medio. A su regreso empezó sus aventuras empresariales con modestos emprendimientos de productos tan disímiles como betún y tintilla para lustrar zapatos, vinagre, vino de uvas pasas y sombreros de paja. De a pocos acumuló un pequeño capital que le sirvió para iniciar la empresa de su vida.

POLVOS Y JABONES // La Perfumería y Jabonería Lemaitre comenzó en 1914, en una sociedad con su primo Enrique Lecompte Lemaitre, en la esquina de las calles del Estanco del Aguardiente y de la Universidad, en el Centro. Daniel era el creativo, el de los procesos de fabricación y la publicidad. Enrique era más fuerte en administración. Comenzaron con una tintilla para cueros, jabonería para el cuerpo y el lavado de ropa y polvos para la cara, que se promocionaron con estos versos de don Daniel:

*Son los polvos de Lemaitre
Un producto sin igual,
Quitán manchas y espinillas,
Pequitas y tal*

*Y hasta quitan la mancha
Del pecado original.*

Luego separaron la sociedad de manera amistosa. Daniel se quedó con la jabonería y Henriquería, con la perfumería. Fue entonces cuando la jabonería llegó a Getsemaní. Primero, al predio de la calle de la Sierpe en cuyos lotes vecinos estuvieron por muchos años el Pasaje Franco y las accesorias de la familia Spath. “Mi abuelo le compró a Narciso Aratújo las instalaciones de la modesta fábrica de jabones que funcionaba ahí. Con el tiempo creció y compró el terreno de enfrente, que hoy es un parqueadero con salidas por la calle Larga y por la Sierpe”, nos cuenta Rafael Tono Lemaitre, su nieto preferido, hijo de su única hija, Concepción, a quien todos llamaban Conchita. Juntos compartieron mucha vida cotidiana hasta los diecisiete años de Rafael, pues vivían en casas contiguas, donde hoy funciona la sede de la Universidad Tecnológica de Bolívar, en Manga.

Rafael recuerda que la jabonería no era un espacio homogéneo como se puede imaginar ahora, sino viejas casas comunicadas por aperturas en las gruesas paredes. En un principio funcionaban con las pailas de la antigua jabonería, a punta de leña. Pero en 1924 una de estas se volcó y ocasionó un incendio que arrasó la fábrica. Hay una fotografía de Daniel con su hija Conchita, de unos cinco años, sobre los escombros del incendio. -Pero no se me quemaron ni la clientela ni las ideas-, dijo en ese momento.

“La fábrica no estaba asegurada. Quizás haya tomado un préstamo bancario, pero el caso es que la reconstruyó. Las pailas nuevas eran eléctricas. La jabonería tomó entonces un gran auge, primero regional y luego nacional. El lote grande fue utilizado como bodegas de los cocos, que venían de San Andrés y atracaban en el Arsenal. De los cocos sacaban la grasa para los jabones, que se llama copra”, recuerda Rafael.

“Prácticamente todos los empleados eran de Getsemaní. Los frecuentaba y les pagaba el colegio a algunos de sus hijos. Lo querían muchísimo. Lo que pasa es que esas generaciones han ido muriendo, pero aunque los hijos saben quién fue Daniel Lemaitre, los recuerdos se van perdiendo”, dice Rafael.

A Rafael lo pusieron a “trabajar” en la jabonería muy niño. “Tendría unos siete u ocho años. Pero les salí pretencioso. Protesté. —Un momento, si mi abuelo es el dueño de esto ¿por qué me van a poner en mensajería?— Yo quería ser gerente a los siete años”, dice con una risa sonora Rafael, recordando los viejos tiempos.

“En la parte original lo primero que se veía al entrar eran las empacadoras, que tenían una velocidad manual prodigiosa y quizás eran al cien por ciento de Getsemaní. Con decir que con los años se compró una máquina para empacar los jabones Palmolive, por un acuerdo de producción con ellos. Alguna vez hicieron una competencia y las empacadoras manuales ganaron”.

UN CLUB POR TERMINAR // Y por los mismos años en que la empresa de los primos Lemaitre

crecía, Daniel tenía a la vuelta de la esquina otro proyecto muy querido, pero en el que las cosas se hacían rascando los bolsillos de mucha gente: la sede del Club Cartagena frente al parque del Centenario. Era el vicepresidente, pero el sorpresivo traslado del presidente Enrique Grau Velez a Bogotá, en 1924, lo obligó a liderar el tramo final de la construcción del edificio, que llevaba seis años en obra.

Era la primera sede propia del Club Cartagena, inaugurada en 1925 con gran alegría de los socios, pero con muchas pequeñas deudas respecto del proyecto original trazado por Gastón Lelarge. La correspondencia de don Daniel con Fernando Vélez Daníes, el fundador del club, retrata de manera desenfadada los inmensos esfuerzos de aquel par de años para finalizar obras y poner a andar la nueva sede.

Un punto débil del Club Cartagena fue el aire acondicionado. Cuando se diseñó, este no era un equipamiento normal en un edificio. Menos en uno de corte neoclásico, cuyas formas no estaban diseñadas con ese propósito. Pero en la década de los 30 se convirtió casi en la norma para los edificios nuevos. A veces el calor apretaba en el gran salón del segundo piso.

“A pesar de tener todas las puertas y ventanas abiertas no refrescaba nada. Además en esa época se usaba saco. A él se le ocurrió montar en el cielo raso una cantidad de canastas, con sus respectivos desagües y les puso hielo y unos ventiladores, cuyo aire se enfriaba al tocar el hielo. La cosa funcionó un tiempo. Pero alguna vez falló y se inundó todo”, cuenta Rafael, quien de niño asistió a las fiestas familiares de Navidad en aquella sede.

Y acaso sin buscarlo terminó fundando el popular barrio Daniel Lemaitre. Compró unos terrenos allí, los loteó y edificó casas para venderse por unos precios absolutamente simbólicos a algunos de sus mejores trabajadores. Presumiblemente entre ellos debió haber varios getsemanicenses. Primero fueron diez casas y luego veintiséis. A partir de ahí se desarrolló el barrio actual.

SE NOS FUE PAPITO // “Cuando salía de la fábrica era forzoso pasar por el Arsenal. A veces se quedaba ahí, muchas veces en los puestos del mercado comía algo. Por ejemplo, un arroz que ‘venía con sus moscas como pasitas de alíño’, como escribió en uno de sus *Corralitos*. Cuando llegaba a nuestra casa ya no tenía hambre, aunque alguna vez lo vi echarse una papa de la olla nuestra al bolsillo de su saco. Quizás se tomaba un café con leche en la suya”.

“Para ir a su casa pasaba primero por la nuestra. Siempre levantaba la tapa de la olla a ver qué estaban cocinando. Me cargaba y me consentía como solo lo puede hacer un abuelo. Me motivaba de una manera muy especial, como cuando me puse a pintar o a hacer música. Todavía tengo libros de pintura que él me regaló y me dedicó. Me llevaba a la Serrezuela a corridas de toros. Olía muy bien porque nunca dejaba la Jean Marie Farina. Se vestía de lino blanco con saco. Me dicen que al principio usaba corbata, pero yo lo recuerdo con la camisa de ola abierta”.

“Estando en la cima de La Popa recibí la noticia de que estaba muy mal. Bajé como loco. Llegué corriendo a la casa. Cuando entré por la puerta del patio encontré a mi mamá saliendo. —Se nos fue papito—, me dijo. Y después de eso fue un solo llanto corrido. No lo quise ver. Había estado la noche anterior con él. Le había leído unas cosas mías, pero ya venía desvariando por una enfermedad que traía de días atrás”.

Murió el 26 de enero de 1962. Un par de años antes el Club Cartagena se había mudado a la sede que aún ocupa en Bocagrande y la fábrica, a Mamonal. Al final, de su presencia en el barrio quedaron las memorias que poco a poco se han ido borrando tras la partida natural de quienes lo conocieron personalmente, pero sus versos son imborrables. ☺

GETSEMANÍ EN LA POESÍA DE LEMAITRE

En cinco calles me gozo
Que son: Sierpe, Carretero
San Antonio y el Guerrero
Y la típica del Pozo.
Mas nunca tengo reposo
Ni puedo mostrarme aseada
Con la eterna muchachada
Que juega al trompo y al tango
Y con las pepas de mango
Me ensucian la rinconada.

Cuando el sol me da un buen rato
Presento como un joyel
La casa de Jorge Artel
Y la puerta del curato.
Y en las horas en que el gato
Comienza a tocar la viola
Cuando estoy dormida y sola
Y en el pasado me escondo,
Soy como el telón de fondo
De una zarzuela española.

(...) De los tiempos antañones
Conservo cual maravilla
La casa de Pupo Villa
Con su tienda de escalones
Tengo también dos cañones
Y un altozano muy majo
Pues todos los sin trabajos
Del barrio de Gimani
Vienen a ensayar aquí
Las vitaminas del ajo.

Típica del corralito
La Playa del Arsenal
Es un bien municipal
Que huele a pescado frito
Pero le sirve al distrito
De comedor, de artillero
De bazar hojalatero
Y es mercado de carbón
Dormitorio del hampón
Y por poco un basurero.



UN TECHO DE OTRA ÉPOCA

La cubierta original del templo de San Francisco se cayó hace muchos años, muy posiblemente por la infatigable acción del comején y la falta de mantenimiento. Así estuvo hasta mediados del siglo pasado, cuando se le puso una cubierta contemporánea para crear el Teatro Claver, que luego fue el Colón.

El templo fue la primera construcción del barrio, comenzada tan temprano como 1555, con los ives y venires propios de la época en los que finalizar estos edificios era un asunto de décadas. Dos siglos después, en 1758, la cubierta estaba a punto de caerse, según dijo el padre guardián Mariano de los Dolores en una de las reuniones previas al capítulo provincial celebrado a finales de enero. “Que habiéndose la iglesia por los mejores maestros para su reparo que se está haciendo fueron del parecer que cuando más se mantendrá por un año la cubierta y eso con puntales, para lo que representa se mande derribar y se aproveche la teja”, según un registro de la época.

La reparación no llegó tan pronto como lo aconsejaba el padre Mariano, pero para 1800 la obra avanzaba. El 20 de diciembre de ese año el síndico describió “las urgentes necesidades del convento que por hallarse obrando en su iglesia destechada del todo”. En ese contexto la palabra “obrando” significa que estaban trabajando en ese momento. La reparación costó “12.156 pesos y tres cuartillos de real” y la concluyeron hacia noviembre de 1801.

Y así llegaron y pasaron los tiempos de la primera Independencia, la reconquista de Morillo, la Independencia definitiva y un largo y oscuro período del que se tiene poca información sobre el templo. Por una parte, la comunidad franciscana había decaído hasta su casi extinción en una ciudad que también había caído en un letargo y que tenía apenas una fracción de la población antigua.

Luego vino el período de la República en el que se desmembraron innumerables posesiones de las comunidades religiosas para venderlas a particulares. Muchas de ellas cayeron en el olvido y la desidia. Sin las manos diligentes que aplicaran la brea y los vermífugos, las maderas del templo San Francisco debieron ceder y caer debilitadas al suelo. Los muros eran otra cosa: aguantaron todo tipo de reformas y parches en la Colonia y han llegado hasta nuestros días

con una razonable buena salud estructural.

UN NUEVO TECHO // Los de más edad en el barrio recuerdan al templo destechado, como lo muestran algunas aerofotografías de la primera mitad del

siglo pasado. Luego se le quiso dar vida, creando primero el teatro Claver, que luego se convirtió en el Colón, en los años 40. Para ello se le cubrió con una nueva cubierta utilitaria, sin mayor especificación técnica que la de cubrir el área y permitir el aislamiento del aire acondicionado.

Ahora que los inmuebles correspondientes al claustro original están siendo intervenidos de fondo por el Proyecto San Francisco, desde el subsuelo hasta el tejado, se abrió una oportunidad inmejorable para retornar la cubierta a su esencia más original, con las técnicas de madera que han pervivido desde entonces.

Una nota antes de continuar: la cubierta es el conjunto estructural que cubre la parte superior de un edificio; un tejado o techo son maneras de decirle a la parte que se ve desde afuera; la estructura interna que lo soporta es el artesonado. Hay más expresiones específicas, pero aquí utilizaremos principalmente estas tres, de manera genérica.

CINCO Y SIETE PARES // Una clave es que el techo del templo San Francisco no se sostiene solo por los gruesos muros, sino también por las columnas de madera, cuya función estructural es precisamente esa. Planos antiguos indican que originalmente eran cinco pares de columnas y que en los trabajos de 1800 pasaron a siete. Su reemplazo era imprescindible, pero quizás ya no se conseguían maderas de la altura y

Para reconstruirlo se combinan el diseño detallado y la modelación que ofrece la arquitectura contemporánea con el trabajo manual de hombres formados en esta tradición, como lo es el maestro Gabriel Álvarez Díaz.

grosor necesario para reemplazar los cinco pares originales. Agregar más pares, así las columnas fueran más delgadas, ayudaba con los costos y a repartir mejor las cargas.

A las columnas se suman las vigas que van sobre los muros -llamadas durmientes- y que reciben también parte de la carga de todo el techo para transmitirla hacia abajo. El arte de encajar vigas, columnas, pares y demás piezas del tejado es un conocimiento de siglos. Cada pieza tiene su función estructural y también su manera de ser trabajada y ensamblada.

El templo, como el resto del convento, hace parte de la lista de algo más de mil inmuebles considerados como patrimonio material de la Nación. Por ello cualquier intervención debe ser revisada, avalada y acompañada por autoridades nacionales, como el Ministerio de Cultura, como del Distrito, como el Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena -IPCC-.

Para reconstruirlo se combinan el diseño detallado y la modelación que ofrece la arquitectura contemporánea con el trabajo manual de hombres formados en esta tradición, como lo es el maestro Gabriel Álvarez Díaz.

DE TACALOA A LA TRINIDAD // El maestro Gabriel nació en una pequeña población ribereña a hora y media de Magangué, llamada Tacalao. Allí empezó a curiosear las herramientas del taller de su padre, quien aceptaba trabajos de carpintería en las pausas de sus correrías comerciales por toda la región.

Pasados los años y varias vueltas de la vida. Hace más de treinta años Gabriel llegó a Cartagena, donde comenzó como ayudante en su extensa trayectoria en la carpintería colonial. De las muchas obras en que ha trabajado recuerda con mucho cariño la de la iglesia de La Trinidad, su primer proyecto como contratista independiente. Fue a mediados de los años 90 y les tomó dos años. Aún hoy puede ir a la iglesia y repasar pieza a pieza lo que se hizo con el artesonado del techo, el altar principal y los dos laterales.



En su equipo trabajan nueve personas. Calcula que sumando los tiempos, sin contratiempos -que suelen ocurrir a menudo en este tipo de proyectos- y con todos los materiales dispuestos en su sitio, una obra así debería durar unos ocho meses. Pero la pandemia de por medio y otros contratiempos usuales han alargado ese tiempo. Además, han participado en otras labores del claustro, como la instalación de más de cien vigas en espacios que se están restaurando.

Acerca del techo del templo dice: “No encontramos mayor cosa de la antigua construcción porque el espacio lo habían intervenido antes. Se encontraron muy pocos indicios: unos pedazos de pares y otros de tensores”. Esos indicios son los que permitieron reconstruir y modelar digitalmente todo el conjunto. Este diseño se desagrega luego pieza por pieza en diagramas que el maestro Gabriel acumula en un rimero que carga para todos lados y que son la biblia técnica de lo que hay que hacer.”

EL PROCESO MATERIAL

1. Antes de poner las vigas se ha preparado en el suelo un conjunto subterráneo de columnas y vigas de concreto. En donde van las columnas se deja una pieza metálica de cuarenta por cuarenta centímetros, donde deben encajar la madera.

2. Por aparte, fuera del templo, se prepara la madera de las columnas. Se les ‘ochava’ o ‘matan los cantos’. Se labran. Se le inmuniza con químicos contra el comején y los hongos. Se secan.



Columnas en madera.

3. Se ingresa cada viga al templo. Cada una pesa tres toneladas y media.

4. Se izan las columnas mediante un diferencial con capacidad para cinco toneladas y se soportan mediante andamios estructurales, aptos para soportar esos pesos.

5. Se verifican los niveles, la estabilidad y la plomada. La tolerancia al error es apenas de milímetros.

6. Se montan las zapatas.

7. El interventor revisa los niveles y plomos.

8. Se montan los tensores, que en este caso son dobles y evitan que el techo se abra, al estabilizar y amarrar las columnas.

9. Se montan las vigas soleras, que van de columna a columna, con la mayor parte en el aire.



Viga tensor doble.



Modelaje tridimensional por parte del equipo de la arquitecta Angelina Vélez.

10. Se montan todos los pares, que son las piezas que arman la forma de techo a dos aguas.

11. Se pone la cubierta, compuesta por tablones lisos con gran área, para cerrar el espacio.

12. Sobre la cubierta se instala una serie de elementos para impermeabilizar y una plantilla de cemento y arena que soportará el tejado.

13. En otro proceso, se instala el tejado, que será el tradicional de la Colonia, de arcilla roja cocida.





EL DECANO DE LA TRINIDAD

Esta es la historia de dos amores: el de Zully y Luis Germán, pero también el de ellos por su restaurante, el primero en Getsemaní para una clientela más amplia que la del propio barrio, cuya inmensa tradición culinaria casi toda la vida fue para el consumo interno.

“Los Racero fueron gente del Sinú que a principios del siglo pasado viajaban en lanchas grandes desde Lorica y que llegaban a Cartagena con carne de buey salada y otros productos de alimentación. Por eso desde niño viene la inquietud mía con los restaurantes”, explica Germán Luis Racero.

Hace más de treinta años el muchacho Germán veía con ojos de amor a la niña Zully Ramos Baldiris siempre que ella venía a visitar a su abuela en la casa de Tripita y Media. Verla lo llenaba de una alegría enorme. La saludaba de lejos y por dentro se decía: —Ella va a ser mi esposa—. Entre la estirpe de Zully están Carlota Barrios Bolívar y María Luisa Bolívar, de quien se afirma que tuvo decenas de casas en el barrio.

“Nos conocimos un día en que los de su colegio vinieron al mío a practicar danzas. Comenzamos un noviazgo y a mis diecisiete años comenzamos a vivir juntos”, resume Zully. Había que inventar algo para generar ingresos. “Cuando Zully tenía veinte años y yo veintitrés comenzamos con el puesto de perros calientes aquí mismo, al frente de La Trinidad. Era 1989. Una de las pioneras e inspiración fue la señora Pachita, que tenía un carro de chorizos en la misma acera. Su marido, don Hugo Sierra, que murió hace poco, se le comía casi toda la producción”, recuerda Germán, entre otras anécdotas.

“No éramos muy optimistas, por la inseguridad del barrio. Sin embargo, con el respaldo de los vecinos, incluso los que se dedicaban a la delincuencia, nos empezó a ir bien. Abrimos hasta bien tarde y la gente podía llegar a lo hora que fuera. También fuimos ganando cierto liderazgo en el barrio, al punto que Zully fue elegida edil de la localidad entre 1999 y 2000. Ahí se consiguieron recursos para restaurar la plaza”.

“En 2002, luego de doce años con el carro quisimos formalizar el negocio y decidimos, con la ayuda de Claudia Mendoza, abrir el Café de la Trinidad. Nuestro compromiso con el barrio nunca cesó, incluso en un momento descuidamos un poco el restaurante para entrar en la política en una labor social como los deportes o el concurso de belleza, siempre con muy buen apoyo de la comunidad”.

“El cambio del carro callejero a restaurante fue un reto muy grande. Tuvimos que contratar a más personas para dar abasto con los pedidos y la clientela, o para que nos enseñaran a diseñar una carta, o administrar la producción; todo lo que significa gestionar un restaurante”.

Tuvieron que adaptar la carta. “Un extranjero acostumbrado a las hamburguesas no viene acá para comer lo mismo. Busca algo más local. Otros acostumburan a comer con vino o a tomar tequila al inicio de las comidas, también están las personas vegetarianas; costumbres que no se ven mucho entre los cartageneros”, dice Zully. La base actual de la carta del Café de la Trinidad es una combinación de comida italiana y comida caribe colombiana.

Las responsabilidades van acordes con el temperamento de cada uno. “Siempre me gustó su carácter y firmeza, a diferencia mía que soy más un soñador, con un carácter más volátil”, dice

Germán, quien con esa mentalidad ha logrado consolidar otro proyecto de vida. “Es un ecoparque, cerca de Santa Marta y frente al mar. Con mis ahorros he podido comprar cuatro bosques que suman más de cien hectáreas. Ahora estoy haciendo las cabañas. Mi objetivo es que sea un lugar libre para cualquier persona que lo quiera visitar y que solo tengan que pagar los gastos de agua y comida”.

Zully se encarga de la cocina y la administración. “Todos los días vengo al café, incluso en la pandemia. Soy incapaz de quedarme acostada en mi casa. Por eso trabajamos de lunes a domingo porque siempre hay algo que hacer. Pero no solo es trabajo. Siempre me entretengo con todas las situaciones que pasan y en la convivencia con los clientes que muchas veces son también amigos”.

Los hijos ya están grandes: Luis Eduardo tiene veintisiete años, estudia ingeniería de sistemas y heredó el carácter empírico y emprendedor de Germán. Martina tiene dieciocho, está terminando el colegio y quiere estudiar psiquiatría. Hasta hace muy poco vivieron en la calle San Juan, pero el continuo alquiler de una casa vecina para hacer fiestas hicieron mella en el bienestar y la productividad.

De toda esta historia hay algo que les incomoda profundamente: “Desafortunadamente hemos sentido una persecución por parte de las autoridades de la ciudad. Antes los clientes se sentaban en la terraza del negocio, la cual es mi casa. Ahora llegan a levantarlos y se llevan sillas y mesas, a pesar de tener varios permisos y pagar todos los impuestos. Es deprimente sabiendo todo lo que hemos hecho por la comunidad, además de ser generadores de empleos. Pero ni el distrito ni las autoridades nos escuchan”.

PES VIDA DE BARRIO: UN PLAN QUE AVANZA

La declaratoria de la Vida de Barrio de Getsemaní como parte del Patrimonio Inmaterial de la Nación es un paso estratégico para proteger las costumbres y la cultura social del barrio. Los tiempos corren, pero hay un grupo de instituciones trabajando para convertirlo en realidad su Plan Especial de Salvaguardia.

Conviene comenzar por lo fundamental. Un Plan Especial de Salvaguardia-PES- es un elemento indispensable para que una manifestación cultural pase de la lista *indicativa* a la Lista *Representativa* del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Nación. La Vida de Barrio de Getsemaní ya fue incluida en la primera y se está trabajando en su PES, indispensable para que pase a la segunda.

Hacer parte de la lista representativa es mucho más que un honor. Es un acuerdo formal que implica a las autoridades, a la comunidad y demás actores, incluida la empresa privada, para proteger con acciones concretas esa manifestación cultural.

Y a alguien le puede sonar raro eso de que la conversada en el pretil, la bolita de trapo, la crianza colectiva y tantos rasgos propios del barrio puedan caer en una normatividad. La clave está en entender que esa normatividad es una herramienta muy útil y la más idónea para que el Estado, desde lo nacional hasta lo distrital, entren en el juego con toda su capacidad institucional. También para lograr acuerdos que obliguen a todos a poner su parte.

Un mecanismo para ayudar a proteger esa forma barrial de ser que es tan única en el mundo como la tradición de los palabrerros entre los wayúu, las fiestas de San Pacho en Quibdó, Algo muy nuestro que nos identifica y nos hace ser la comunidad que somos.

A las ocho organizaciones del barrio que fueron postulantes de este proceso ante las instancias nacionales y mantienen un trabajo constante para sacar adelante este PES, se une el Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena de Indias -IPCC-, la máxima autoridad del Distrito en estos temas. El IPCC dispuso de recursos para contratar temporalmente a tres profesionales para concretar este proceso de consultas, acuerdos y generación del documento final.

Una de ellas es Ladys Posso, abogada y magister en Gestión Cultural y autora del libro académico *Getsemaní, Casa Tomada*. “Nos encontramos en un momento muy importante del proceso y es que, luego del aval del Consejo Nacional de Patrimonio Cultural, se debe avanzar en la formulación del PES con la participación de la comunidad. Con la conformación del equipo de trabajo hemos iniciado un arduo trabajo, trazando un plan que aborda inicialmente el conocimiento y comprensión de la manifestación”.

LAS MESAS DE TRABAJO // Desde el pasado martes 21 de septiembre se empezaron a reunir quince mesas específicas de trabajo. Las dos primeras, hasta el cierre de esta edición, habían contado con muy buena asistencia, incluso por motivos de aforo quedaron por fuera algunas personas.

“El objetivo es vincular a los diferentes actores comunitarios, institucionales, y comunidad en general a participar en la construcción del Plan Especial de Salvaguardia. Se utilizará una metodología dinámica y participativa, en la cual la comunidad se anime, se apropie del tema y

contribuya con sus experiencias a la creación del PES Vida de Barrio Getsemaní, como agentes activos en la construcción del conocimiento”, explica Ibeth Sierra de Aguas, nativa del barrio y parte del equipo organizador.

“Queremos realizar una buena caracterización del barrio y hacer un diagnóstico de riesgos en las diferentes áreas y actores participantes en la construcción de PES. De este modo llevar a la práctica las ideas e iniciativas construidas de manera colectiva para la salvaguardia de nuestro patrimonio cultural”.



Adultos mayores	21 de septiembre	Realizada
Jóvenes (18 a 26 años)	23 de septiembre	Realizada
Comerciantes	Martes 28 de septiembre 3:00 pm	Realizada
Artesanos y oficios tradicionales	Jueves 30 de septiembre 3:00 pm	ETCAR
Niños y adolescentes (7 a 17 años)	Martes 5 de octubre 5:00 pm	Institución Educativa La Milagrosa
Artistas	Jueves 7 de octubre 5:00 pm	ETCAR
Restaurantes	Martes 12 de octubre 2:00 pm	Centro de Convenciones
Hoteleros	Jueves 14 de octubre 5:00 pm	Centro de Convenciones
Organizaciones sociales	Martes 19 de octubre 4:00 pm	ETCAR
Instituciones gubernamentales	Jueves 21 de octubre 3:00 pm	ETCAR
Instituciones educativas	Martes 26 de octubre 9:00 am	ETCAR
Medios de comunicación	Jueves 28 de octubre 9:00 am	Centro de Convenciones
Propietarios de bienes muebles e inmuebles	Martes 2 de noviembre 5:00 pm	ETCAR
Iglesias y credos religiosos	Jueves 4 de noviembre 10:00 am	La Milagrosa
Getsemanicenses NO residentes en el barrio	Jueves 18 de noviembre 9:00 am	Virtual

Las postulantes ante el Consejo Nacional de Patrimonio e impulsoras del proceso han sido las siguientes ocho organizaciones del barrio: Fundación Gimani Cultural; Junta de Acción Comunal del Barrio de Getsemaní; Corporación para la Capacitación y el Desarrollo Educativo (Coreducuar); Institución Educativa La Milagrosa; Proyecto San Francisco; Escuela Productora de Cine; Fundación Cartagena al 100%; y Vigías de Patrimonio de Getsemaní.

EL MATADERO QUE CONOCIÓ FRANCIS DRAKE

Bajo la cancha de baloncesto y la pista de patinaje del parque Centenario reposan los vestigios de la segunda construcción que tuvo Getsemaní y que fue un engranaje clave de la economía de la ciudad: el matadero de ganado.

Era tan importante que por un par de siglos le dió nombre a la plaza arenosa que ocupaba el lugar del actual parque Centenario. Era la plaza del Matadero. En su momento, durante la Colonia temprana, había la plaza de la Mar, que hoy llamamos de la Aduana; la de la Yerba, que se movió de sitio varias veces y donde se vendían el mercado vegetal; y la de la Carnicería, que algunos aún llaman así a la zona de parques detrás del edificio de Telecom, en el centro.

Mientras que esas tres quedaban dentro del casco fundacional, la del matadero quedaba por fuera. Eso tenía su razón de ser. Y ayudó a que Getsemaní fuera el barrio que ha sido a lo largo de la historia. Vamos a verlo.

CABEZA DE VACA

Alrededor del sacrificio de ganado había toda una industria que aprovechaba cada parte de una res. De ella salía no solo la carne para consumo humano, sino la piel para hacer cuero; los cuernos para elaborar desde cucharas hasta peñillas; los huesos grandes, a los que también se les daba forma y utilidad. Hasta la gelatina, que se usaba para recetas. Una res era como una pequeña fábrica en una época en que no había plásticos, papeles de uso doméstico o muchos de los materiales que hoy abundan en nuestras casas. Por eso, también, se diferenciaba la labor de sacrificar el ganado de la venta de carne al menudeo.

Pero era una labor sucia y maloliente. Por eso desde el medioevo se dispuso que quedara por fuera de las zonas amuralladas. Era, además, una de las pocas actividades económicas que se podía gravar con impuestos y hacerle un seguimiento más estricto. Una vaca viva no es fácil de esconder.

El matadero de Cartagena fue ubicado en Getsemaní porque era el arrabal, el nombre que se le daba a esas zonas de extramuros. El tema del ganado era una preocupación constante. Por ello se establecieron ordenanzas muy específicas, según los registros de la época. Para 1552, apenas veinte años después de la fundación, "se prohibía bajo pena de diez pesos que las vacas transitan por la ciudad debiendo permanecer en el barrio de Getsemaní, en dónde sus dueños construirían los establos necesarios", una señal temprana de la relación del barrio con esta ocupación.

"En septiembre de 1582 ordenó el cabildo, que para la costa que ha de hacer en aderezar y hacer el matadero, que se ha de hacer de cal y canto, de aquí en adelante todos los que mataren ganado vacuno, para pesar en la carnicería, sean obligados

a dar a la ciudad para esta obra pública las cabezas sin lengua de las reses que allí se mataren y que el mayordomo de cobrar las dichas cabezas".

Lo de "cal y canto" tiene su detalle: la primera ciudad se hizo con materiales más percederos e inflamables, como la madera, vulnerables a los incendios y a los ataques de piratas y corsarios. Hacer algo de "cal y canto" era construirlo en materiales más durables, y por tanto, más costosos. Las cabezas como forma de financiación también tenían sentido: los cuernos y los huesos eran aprovechables económicamente.

"En siete de junio del año de mil quinientos ochenta y tres se ordenó en cabildo, que ninguna persona venda puercos en pie, ni nadie los compre para venderlos por menudo, sino que todo vaya a la carnicería, so pena de cada diez pesos aplicados por tercias para cámara, juez, denunciador, y se ejecute".

Lo de los cerdos se había convertido en un dolor de cabeza para las autoridades: en cualquier casa se destazaban, generando malos olores. Además, a veces en la informalidad de la calle se vendía carne en mal estado, con los respectivos problemas de salubridad.

"En cuatro de noviembre del año mil quinientos ochenta y tres se ordenó que ninguna persona mate ganado, si no fuere en el matadero, so pena de veinte pesos aplicados por tercias partes, cámara, juez y denunciador".

Y aquí aparece, entonces, la referencia de que el matadero está puesto en pie y operando. Pocas décadas más tarde la multa sería para quien tuviera ganado pastando en el barrio. En ese momento se necesitaba espacio para los nuevos pobladores pues Cartagena estaba creciendo a pasos agigantados. Desde entonces el ganado para el sacrificio venía de los hatos de la región.

Para entonces ya estaba construida la entrada de la Media Luna, el único ingreso por tierra firme. Las reses podían entrar vivas por esa puerta, frente a la cual se armaban filas de madrugada para ingresar a la ciudad por el estrecho paso. Aún así, tener el matadero a la vista desde la ciudad fundacional podía ayudar en el control de esa valiosa actividad.

TINTES MILITARES

El matadero fue la segunda construcción del barrio, luego del claustro de San Francisco. La misma que vio Drake cuando se tomó la ciudad en 1586 y pidió un rescate para no terminar de destruirla. Para hacerlo, sus hombres hicieron un plano de la ciudad, en el que se registraban las casas y bienes que podían generarles provecho económico. En Getsemaní dibujaron únicamente el claustro y el matadero, en uno de los primeros registros visuales que se tienen del mismo: aparecen dos volúmenes, uno un poco más grande



Matadero de Manga

En siete de junio del año de mil quinientos ochenta y tres se ordenó en cabildo, que ninguna persona venda puercos en pie, ni nadie los compre para venderlos por menudo, sino que todo vaya a la carnicería



que el otro (ver imagen). Un dibujo simple que hoy puede parecer un poco infantil, pero que en ese contexto tenía una gran importancia. Para ser más precisos, una importancia de 110.000 ducados de plata, la cifra que finalmente se pactó con Drake.

En los archivos de Indias, en Sevilla, hay una relación de en cuanto se tasaron los bienes de la ciudad para la negociación con Drake. En la primera página -la que tenemos disponible- aparecen la "carnicería y matadero", con el mayor valor de todos: 15.876 pesos. Los que le siguen son los bienes de Domingo Felix, con 10.747 pesos y la significativa presencia de "las de su Majestad", por 9.000 pesos. Los bienes de esa página con menores valores eran las casas de Isabel de Porras (800 pesos) y Gil López (600). Seguramente en las páginas siguientes habrá valores mayores, como los de los claustros, pero es llamativo el alto valor que se le daba a ese edificio.

La toma de Drake fue el aliciente para concretar el amurallamiento de la ciudad fundacional en el que ya se venía pensando. Pero no se incluyó a Getsemaní en el primer trazado de finales del siglo XVI. Se le seguía viendo como el barrio de extramuros, aunque cada vez se iba poblando más y se notaba con preocupación que podía ser usado militarmente contra de la ciudad. En el informe de 1620 de García Girón de Loayza se pedía que por razones de seguridad no se permitiera edificar casas alrededor del matadero.

La razón era simple: un matadero y casas de buen material podían ser utilizadas como parapeto para los enemigos que lograran tomarse Getsemaní y desde ahí atacar la zona amurallada. Por eso era mejor dejar despejada esa zona y todo el flanco del caño de San Anastasio, como se hizo cuando pocos años después se amurallaron los flancos del Arsenal y el Pedregal, pero se dejó abierta toda la zona de la Matuna.

Razones similares llevaron a que en 1815, durante la reconquista española, Pablo Morillo ordenara la destrucción inmediata de unas edificaciones que se habían ido construyendo aproximadamente donde hoy queda el camellón de los Mártires y que funcionaban como una especie de galería comercial al lado del puerto y entre el Centro y Getsemaní. Hay alguna referencia en que con ellas también se ordenó la destrucción del matadero, pero también hay constancia de su uso casi hasta el final del siglo XIX.

Una nota de pie de página en un documento especializado hace el siguiente resumen:

El matadero de Cartagena funcionó en la zona norte del actual Plaza de la independencia antes llamada del Matadero, desde los primeros años de existencia de la ciudad hasta el año 1888 en que fue trasladado a Manga; de Manga fue trasladado al barrio del Prado, al oriente de la ciudad en el año 1925; y del Prado fue trasladado al barrio del Bosque el año de 1954.

En siete de junio del año de mil quinientos ochenta y tres se ordenó en cabildo, que ninguna persona venda puercos en pie, ni nadie los compre para venderlos por menudo, sino que todo vaya a la carnicería

FÁBRICA DE FÁBRICAS

No es difícil imaginar la intensa actividad productiva que se generaba alrededor del matadero desde su comienzo colonial. La tenería, o curtiembre de los cueros, requiere de mucha agua, por lo que era providencial tener el caño de San Anastasio al lado. Con el cuero basto y bastidores de madera se elaboraban muebles como butacos o elementos como puertas. Con los huesos y los cuernos, utensilios domésticos.

Esas actividades se ubicaban en las manzanas de al lado, en lo que hoy conocemos como calles Tripita y Media y de las Tortugas. Un incipiente núcleo de pequeñas empresas que se mantuvo y le dió un uso urbano característico hasta entrado el siglo XX. Ayudó también a configurar al barrio como incubador de empresas y fuente de empleo, lo que a su vez lo hacía un primer lugar de destino para quienes venían de la región



Plano de Drake

buscando un nuevo futuro en la gran capital regional que era Cartagena. Es decir: le ayudó a Getsemaní a ser lo que hoy conocemos.

Pero un matadero en pleno núcleo urbano no era compatible con las ansias de modernidad que empezaron a mover a la dirigencia de la ciudad a finales del siglo XX. El sitio despejado que componían el caño de La Matuna y toda la zona que va hoy desde el parque Centenario hasta el Centro de Convenciones prometía ser el mejor emplazamiento para esos nuevos hitos urbanos que apenas comenzaban a soñarse.

A UN BARRIO NUEVO

Manga era entonces una zona alejada. El nuevo matadero (1888) quedaba en la bajada del actual Puente Román, que aún no había sido construido. Donde hoy están ubicados los predios de la electrificadora. Al parecer, en medio de la crecida vegetación, se pueden encontrar rastros de ese matadero -cuya imagen acompaña este artículo en una foto colorizada en nuestros días-.

Pocos años después, en 1905, se abrió el Mercado Público, que a su vez abrió el nuevo sector de carnes en 1920. El oficio volvía de otra manera al barrio, ahora en forma de comercialización, que dio un modo de vida a muchos vecinos de Getsemaní.

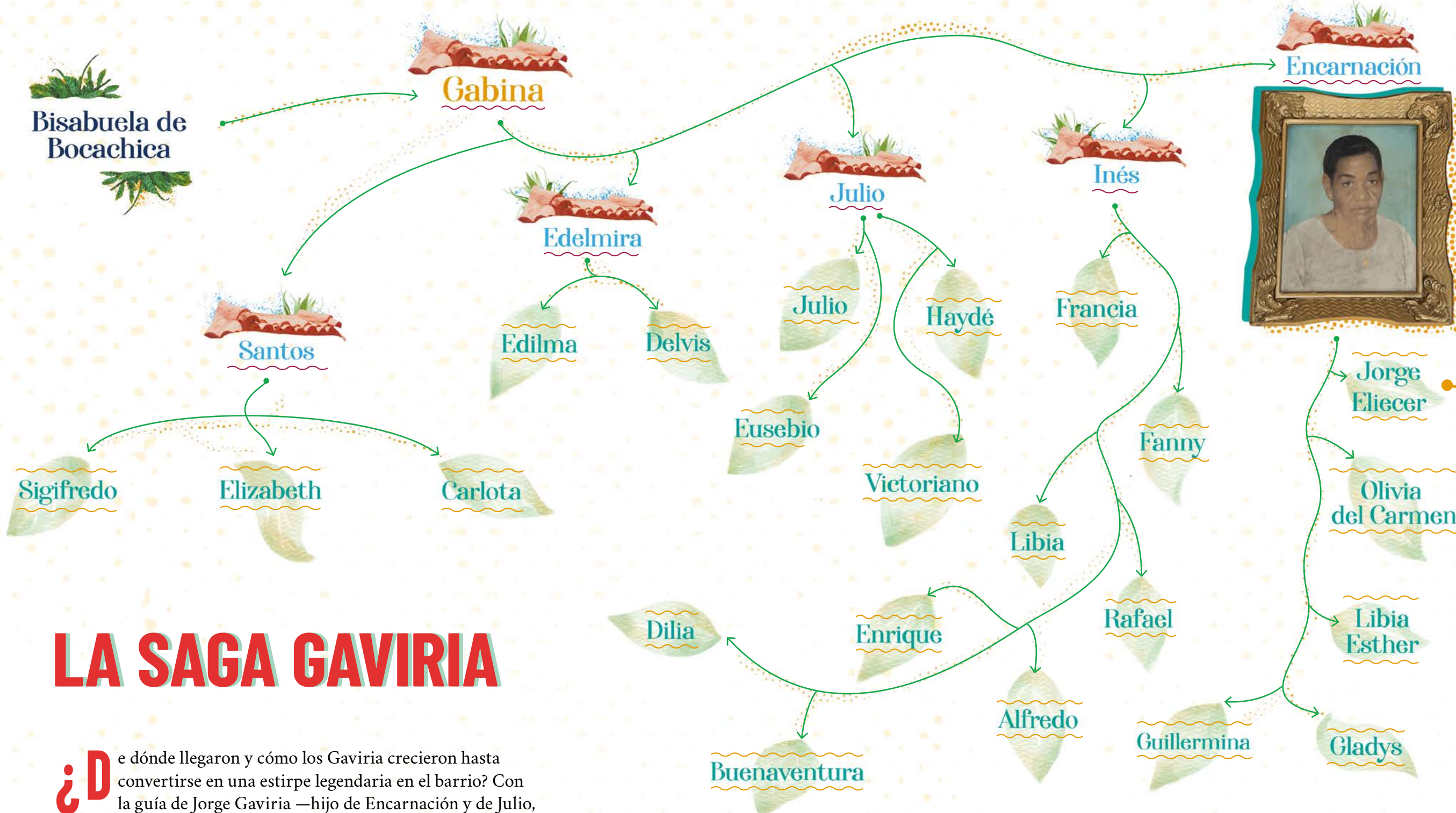
Cuando ahora se camina por el parque Centenario no resulta fácil imaginar la intensa vida económica que hubo donde hoy están los equipamientos deportivos. Se supone que debajo de la cancha de baloncesto y sus alrededores debería haber restos del antiguo matadero. Sobre la superficie hay tres grandes bloques de argamasa -ver foto- cuya composición podría ser colonial, pero haría falta algún estudio apropiado. Puede ser que hubieran sobrado de los trabajos en el parque y por su tamaño no se hubieran podido retirar. Si es así, serían los últimos vestigios, escondidos a la vista de todos, de un mundo desaparecido.

Agradecimientos: Al arquitecto restaurador Rodolfo Ulloa Vergara por la información, principalmente de los tiempos coloniales. Las citas textuales de fuentes especializadas fueron escogidas por él.

Al historiador Hernán Reales Vega por el seguimiento a las imágenes del matadero de Manga, que algunas fuentes ubican como el original bajo el parque Centenario. Su análisis detallado, con seguimiento de imágenes de época y fechas de origen, lleva a concluir que es el de Manga.

No se han podido conseguir imágenes fotográficas o referencias visuales del original durante el siglo XIX, época de la que flaquean las fuentes bibliográficas o documentales acerca de este inmueble, cuya historia completa aún está por escribirse.





JORGE GAVIRIA

LA SAGA GAVIRIA

¿De dónde llegaron y cómo los Gaviria crecieron hasta convertirse en una estirpe legendaria en el barrio? Con la guía de Jorge Gaviria —hijo de Encarnación y de Julio, crecido en el pasaje de la Gobernación— intentamos desenredar el hilo de una familia con tanto arraigo en Getsemaní.

“Los ancestros de la familia Gaviria son originarios de Bocachica. De allá vino la abuela Gabina con su mamá y unos familiares. Recuerdo que alguna se llamaba Pastora y otra, Margarita. Eran unas negras muy trabajadoras. Tenían el don de la sazón porque en las islas se cocina muy bien”.

“De Gabina nace la saga más conocida en Getsemaní de los Gaviria. Ella tuvo a mis tías Santos, Edelmira e Inés, a mi tío Julio y a Encarnación, mi mamá. Ellos, a su vez, tuvieron la recua de primos míos, que somos por lo menos cincuenta”.

“Los hay Gaviria Gaviria, Martelo-Gaviria, Mendoza-Gaviria, Corcho-Gaviria, Vásquez Gaviria, Urueta-Gaviria, Barrios-Gaviria, Vargas-Gaviria, Pérez-Gaviria y siguen interminables entronques familiares”, según enumeraron Jorge Valdelamar y Juan Gutiérrez, quienes hace algunos años estudiaron esa genealogía.

“Mi tía Santos heredó la vena culinaria de Gabina. Ellas pusieron un puesto de comida con unas mesas y unas bancas largas pesadas, de buena madera. Primero, donde hoy está la entrada del Centro de Convenciones, pero en la época del Mercado Público. Luego se pasaron un poco más atrás, a la altura del pasaje Leclerc, donde había otros puestos de comida y el local del ‘Tata’ Villa. En esas mesas la tía vendía conejo, guartinaja, armadillo, cerdo, bistec de carne: unas bellezas de comida, bien hechas y limpias. Santos hizo billete con ese negocio y se convirtió en la matrona de la familia”, prosigue Jorge.

“En esas llegaron dos cachacos ‘lleaos’ y empezaron a fajarse trabajando duro. Su ancestro era de Medellín. Todos los días había que llevar las mesas y las bancas desde el mercado a la calle San Juan, pero los familiares no querían

cargarlas. Ahí fue que llegaron el par de cachacos y se encargaron de eso. Las mesas iban todos los días y regresaban todas las noches. Y en esas se dieron maña de enamorar a dos de las hijas de mi abuela Gabina. Una de ellas era mi mamá, Encarnación. ¡De ellos es que nos viene el apellido! Eran los Gaviria Santamaría. De esos cachacos también heredamos las piernas gruesas, las nalgas grandes y los ojos claros: unos verdes y otros azules”.

“Santos tuvo a Sigifredo, Elizabeth y Carlota, que se fueron por otros rumbos. Pero Santos murió y quien heredó el negocio fue Josefina Dautt, una hija de mi abuelo, pero por otro lado”.

Y a continuación Jorge nos enumera rama por rama la familia Gaviria, como se ve en la genealogía que abre este artículo y que sigue solo la línea de los hijos de Gabina. “A mi tía Inés, le decíamos ‘Mamá Linda’ porque era bien bonita. Se casó con un Martelo. De ahí viene la línea de los Martelo Gaviria, que heredaron la vena culinaria. Los mejores pasteles que se hacen en Cartagena los hacen ellas”. Francia Martelo Gaviria —portada de esta edición— viene de esa línea. Fue la primera en emigrar a Estados Unidos y a ella la siguieron otros familiares.

De cada uno de ellos se podría escribir una historia, pero haría falta una edición completa de esta revista para tenerlos a todos. Puede haber alguna divergencia respecto de la saga familiar según la recuerde Jorge u otro familiar, pero es una buena excusa para recordarlos.

UN PASAJE MUY PARTICULAR // Tras la muerte de Santos, Encarnación, la mamá de Jorge, se convirtió en el referente de la familia. Pero no como una matrona que ayudaba económicamente, sino más bien como una figura maternal y acogedora. Vivían en el pasaje de la

Gobernación, en el predio de la calle del Pozo que colinda con el Dadis. Popularmente y hasta hoy muchos lo recuerdan con el procaz nombre de pasaje de la Mierda, por la mala fama de muchos de sus habitantes.

“La vaina más linda que me ha pasado en la vida es haber vivido en ese inquilinato. Lo único fue lo de la venta de droga, que hacían por debajo de cuerda, pero eso nunca me tocó a mí. Me gustaba esa vaina de ver cómo la gente pobre la luchaba; cómo trabajaban para salir adelante; esa entrega de mi mamá y mi papá. Ella hasta se sentía orgullosa de lavarle la ropa a él”.

“Mi papá, Joaquín Gaviria Jacob, llegó a ser muy respetado, a pesar de vivir en ese inquilinato, rodeado de un poco de bandidos. Se convirtió en un mayorista de plátano, con colmena en el Mercado Público. Le fue bien en eso. Siempre había comida en la casa. Era de los que ponía a gozar a la gente del barrio en las Fiestas de Noviembre porque de su propio bolsillo se traía a los músicos de los pueblos”, recuerda Jorge. Don Joaquín también era el que ponía la vara de premios con cebo en las Fiestas de la Candelaria; y el que mandaba hacer el sancocho y daba premios en efectivo cuando el equipo de béisbol de Getsemaní ganaba en el estadio 11 de Noviembre; y el que organizaba las competencias de natación entre el puente Román y el puente Heredia, precedidas por competencias de botes con los pescadores. Mandaba a aplanar y humedecer las calles de polvo, para que los fandangos salieran mejor. Todo con sus propios recursos. “Por eso es que a la gente le llenaba de orgullo que mi papá se sentara a su lado para tomar. Se sentían halagados con ese solo gesto”.

“Mi mamá era una mujer muy buena. En el inquilinato mantenía a una loca, a otro loco, a un señor con elefantiasis. Ella los recogía, los

bañaba y les daba comida. El mejor cuarto era el de nosotros. El señor Mainero, que era el dueño, entraba a cobrar y le cerraban la puerta en la cara. Todos, menos mi mamá. Y se cabreaba. Hasta un día que le dijo —Mire, señora Encarnación: cobre usted y me entrega la plata—. Y mi mamá iba cobrando y cada quien le iba dando de a poquitos. Les fiaba aunque se sabía que no le iban a pagar. Mi mamá le decía a Mainero: —Mire, señor, esta gente está muy llevada—. Él sabía esa vaina. Hasta que un día le dijo: —Doña Encarna, quédese con este pasaje y páguelo como pueda—. ¡Y mi mamá le dijo que no!”.

En aquellos tiempos la mayoría de los vecinos vivían en arriendo, que era bastante económico. Por eso muchos no compraron casas, aunque hubieran podido. Sin embargo, con el tiempo, distintos descendientes de los Gaviria fueron comprando las suyas, varias de las cuales aún están en sus manos.

Encarnación mantuvo por muchos años una tienda en la entrada del Pasaje, que tenía buen surtido y fue bastante reconocida en el barrio. Allí pasaban mucho tiempo los sobrinos y los hijos. Se llamaba ‘Con el tiempo’.

“Uno de muchacho es como raro. Estando en la Gobernación yo quería que nos mudáramos para una casa digna, una que al salir tocara echar llave y no pasar la tranca. Yo quería escuchar ese sonido. Mi mamá también se cansó. Nos mudamos a la casa de las Palmas, que fue nuestra hasta cuando la vendimos, años después de la muerte de mi mamá. Yo viví ahí hasta 2006, cuando me retiré de Getsemaní. Desde hace quince años vivo con mi compañera, Nezly Rodríguez, con quien congeniamos muy bien”.

Jorge Eliecer Gaviria Gaviria nació el 18 de enero de 1950. La primaria la hizo en el colegio Oscar Pérez Pérez, en el Centro. Terminó secundaria en el Liceo de Bolívar, con gente como su primo inolvidable Roque Hoayek Martelo, Medardo Hernández o Jairo Pérez, la gallada del barrio.

“En la familia dos personas materializan la vena del canto: Sigifredo Calvo, ‘El Napa’, hijo de mi tía Santos, y yo. En el liceo gané varios festivales cantando baladas. Después tuve otro grupo en Barranquilla, cantando salsa. El Joe Arroyo me hizo una vez coros en la emisora Fuentes, que ya estaba para acabarse. En los estudios vi a un pelaito zarrapastroso que quería cantar, como yo. Pero me metieron a mí a la cabina, y Joe entró para los coros. Yo ni me acuerdo cuál tema era”.

“Fui un bailarín de salsa muy respetado en Getsemaní. Unos decían que el mejor era un muchacho de apellido Miranda, pero la mayoría me ponía a mí de primero. Eso eran los finales de los años 60 y todos los 70. Había una vaina y es que bailábamos los hombres solos, hacíamos piques y competíamos entre nosotros. Ya después me engordé y me alejé. Uno tiene que entender que todo tiene su ciclo”.

“Me presenté a Derecho en la Universidad de Cartagena. Hice dos o tres semestres, pero no me gustó porque era una cosa totalmente arribista: que este es el hijo de tal y aquel es el hijo de pascual. Medardo vino en esas, me empezó a echar cuento y logró que me enamorara de Tunja sin haber ido nunca. Pensé que era mejor hacerme licenciado y entrar a enseñar a un colegio, porque tenía capacidad para eso. Nos fuimos con Carlos Vitola y Roque Hoayek, pero a él no le gustó y se devolvió rápido. Yo sí me quedé,

pero el frío y la nostalgia me empezaron a maltratar luego”.

“Terminé mi licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad del Atlántico, en Barranquilla. Luego trabajé en muchísimos colegios. Pero iba acercándome a los cuarenta años y me dije: —Tengo que buscar algo con el gobierno, para asegurarme—. Un día cualquiera llegué a la Secretaría de Educación, donde iba seguido para pedir que me pusieran a trabajar en donde fuera. Aquel día hice mi escandalera. Armando Villegas Centeno estaba de Secretario de Educación y oyó la vaina. Habló con una gente y salió a preguntar, pero ya yo me había ido. Me tenía el nombramiento. De suerte que ahí estaba el hijo de una vecina de mi hermana, que escuchó todo y me mandó buscar. “Que vaya mañana, que le van a dar una rectoría”. Yo creía que era embuste. Al otro día, con decreto y todo: rector en Montecristo!”.

“Pero allá estaba la guerrilla. A los siete meses me llevaron a la plaza y me declararon objetivo militar frente a todo el pueblo. —No lo queremos acá ni cerca de estos lados—. De ahí en la Secretaría de Educación me mandaron a Magangué y luego para Turbaco, pero de profesor. Allá me jubilé”.

“A mí me han gustado siempre los buenos zapatos, las buenas camisas y además había que ayudar a mi mamá, que se iba poniendo mayor. Así que me inventé una manera de ganar dinero, porque lo de profesor no da para tanta cosa. Me hice amigo de todos los empresarios de espectáculos en Barranquilla y aquí. Siempre andaba bien vestido y entraba y salía de las oficinas y los eventos como si fuera familia de ellos. Y empecé a aprovechar esa habilidad. De pura labia me ganaba a los porteros y a la gente de la organización. Ahí lograba entrar a otra gente que me había pagado a mí. Cuando había una gran presentación, como la de los festivales de música del Caribe, tenía que esconderme porque había que poco de getsemanicenses buscándome para que los entrara”.



ISABEL ELENA ENSUNCHO

Comenzó en una chaza del Centro, vendiendo en la calle productos según cada temporada; guardándose cuando había lluvia y corriéndole a los operativos de espacio público. Treinta y seis años y mucho trabajo después es la dueña de Variedades Elena, un negocio que conquistó al resto de la ciudad.

Hablamos con ella en su local de la entrada del Centro Comercial Getsemaní, frente al parque Centenario. Las paredes y las vitrinas están repletas de productos de belleza. Hay cajas de productos por organizar a la entrada. Hay una sección completa de cabello y pelucas, un producto que importa y distribuye con mucho éxito en toda la región, no solo en Cartagena.

¿Cómo pasó de aquella chaza en la calle a ser una de las más importantes distribuidoras de la ciudad? Isabel pensaba hacía rato que no quería seguir mojándose en las calles cuando llovía. Quería su negocio bajo techo y seguir progresando. Sus amigos vendedores le decían que eso era una locura, que los precios de los locales eran carísimos en el Centro. Que era imposible.

La historia de Variedades Elena comienza con ella y su esposo, Francisco 'Pacho' González, llevando a sus hijos al parque infantil que quedaba en el Centro Comercial Getsemaní, abierto pocos años antes y que aún tenía bastantes módulos por vender. Vieron un local a la salida de los viejos teatros, por donde cruzaba algún público. Un día se decidió a preguntar en la oficina de la constructora Padilla cuánto

costaba el arriendo y los requisitos. Quince mil pesos y una catapila de papeles, empezando por una cuenta en el banco, que no tenía. Como pudo consiguió todo y así comenzó una nueva etapa de su vida.

El negocio era, en esencia, el actual de productos de belleza.


Pero apenas estaba comenzando y el catálogo era más reducido. Sin embargo, empezó a irle bien y pronto se dió cuenta que los números le cuadraban. Pocos meses después quedó libre el módulo del lado. Le servía para crecer el negocio. Segunda subida a la constructora para preguntar en cuánto le podían vender el módulo de ella y el de al lado. Cuatro millones de pesos y doce letras mensuales. Dicho y hecho.

Con mucha disciplina y sentido comercial empezó a ampliar el catálogo y los clientes. Ahora era distribuidora, incluso para sus viejos colegas de la calle. El negocio se seguía expandiendo y necesitaba una bodega para gestionar el inventario. En el segundo piso había otros módulos libres. Tercera subida a las oficinas, con el resultado que ya imaginará el lector. Luego hubo otras, en otras oficinas, para comprar el local de la entrada y otros más. Variedades Elena se convirtió en un ícono del centro comercial y una referencia en la ciudad. Tanto que ahora tiene cinco sedes por fuera. La bodega creció varias veces, con sus respectivos cambios de ubicación, hasta que llegó a Mamonal, donde se ubica ahora.

Isabel es muy organizada, constante y con un lema del cumplimiento como una gran virtud en la vida personal y empresarial. También valora mucho la mano que el sistema bancario le ha tendido siempre. Sabe que hay deudas buenas, las que sirven para reinvertir y crecer el negocio. Tras tantos años luchando aún no se cansa. No solo eso, sigue levantándose temprano para estar pendiente del día a día, en jornadas que a veces parecen no tener fin. Tiene 16 empleados y sus hijos, todos profesionales de distintos ramos, colaboran con el manejo de los negocios. Ellos coinciden en el carácter riguroso que tiene ella, pero que mientras se hagan las cosas correctamente, todo fluye.

Pero, como en todo en la vida, hay altibajos y retos. El último fue el covid 19. Isabel había mantenido aquellos módulos del comienzo, que se convirtieron en seis. Sin embargo, las restricciones de horario y público la obligaron a cerrar allá, de donde alguna vez dijo que nunca iba a salir, cuando Variedades Elena quedaba solo ahí.

El Covid también la tocó personalmente. Los síntomas la llevaron a cortarse el largo cabello que mantuvo por años. "Ahora lo tengo corto, pero me siento muy bien, soy la misma Isabel de siempre, sin maquillaje ni tacones", dice. Viste el mismo suéter azul que usan sus empleadas y nos recibe sentada en una banca de plástico. Por fuera, casi como empezó. Pero por dentro, la satisfacción de haber cumplido sus sueños y los de la familia. Muy poco más se le puede pedir a la vida. 🍀

Una iniciativa de  San Francisco con la realización del equipo de **GUIDOULLOA**

Edición 36. Septiembre de 2021
ISSN: 2665-2919

DIRECTOR: José Luis Novoa S.
DISEÑO: Andrea Cabeza y la mesa creativa de GUIDOULLOA
Elizabeth Barragán, Isabella Vélez.
COORDINACIÓN: Laura Morales
FOTOGRAFÍA: Edgar Hernández y Marcos Acevedo

Visítanos en: www.elgetsemanicense.com
Escríbenos a: elgetsemanicense@gmail.com

 +57 317 7980837

 @sanfranciscogetsemani

 San Francisco Getsemani